

TELEVISIÓN: VIOLENCIA Y SOCIALIZACION

*Jaime Robert J.**

La violencia no apareció con la televisión ni va a desaparecer con ella: sus raíces parecen descansar en ciertas peculiaridades de las estructuras socioeconómicas, "étnicas", de género y nacionalidad, así como en las construcciones mentales dominantes e idiosincráticas sobre nuestras relaciones sociales, la irracionalidad de nuestros arcaísmos pulsionales infantiles y ciertas disposiciones sociobiológicas.

La cuestión entonces no es debatir si la televisión causa la violencia o no, sino si favorece un incremento de ésta en las relaciones cotidianas, o, desde una perspectiva menos estereotipado y más pedagógica y humanística, si contribuye a la prevención de tales actitudes y por el contrario potencia la solidaridad y el crecimiento personales en el marco de una "dignificación" y pacificación de la existencia históricamente plausibles.

Y aquí, antes de responder, conviene recordar que la violencia, como tantas otras expresiones humanas, es una construcción social cuyo sentido estructural y contenidos funcionales y disfuncionales están espacio-temporalmente delimitados.

A nuestros efectos, conviene hacer una diferencia analítica entre lo que entendemos por violencia y lo que llamamos agresión. Mientras la violencia se define en función de las consecuencias que sobre el supuesto estado natural de un sistema tiene su alteración, la agresión se define por la intencionalidad dañina de la acción sobre ese sistema (Martín-Baró, 1983)

La ventaja de la noción de agresión descansa en la especificación del fenómeno a discutir: ¿Incide la televisión en la formación de una actitud dañina y delictiva en nuestros niños y niñas.

La ventaja de la noción de violencia reside, por antinomia, en la diversidad del fenómeno a discutir: ¿constituye la televisión un acto de Violencia práctica y expresiva sobre nuestros niños y niñas? ¿Coadyuva la televisión a la formación de unas estructuras intersubjetivas en donde predominan la competitividad, el egoísmo, el desarraigo, la intolerancia y la hostilidad misógenas? O dicho de otra manera, ¿cuál es el lugar y papel que la televisión está desempeñando en la potenciación socializante de un modo de vida que tenga por norte la significación y la pacificación de la existencia históricamente posibles dada la realidad de nuestras formaciones sociales?

Voy a intentar dar respuesta a ambos conjuntos de preguntas, sin confundirlos y considerándolos en todo momento como dos asuntos analíticamente diversos.

LA TELEVISION Y EL COMPORTAMIENTO AGRESIVO: DIGRESIONES CONDUCTISTAS

Las preocupaciones por el primer conjunto de preguntas han dominado la perspectiva

* Profesor de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica.

de las llamadas Ciencias de la Conducta y en la búsqueda de una respuesta satisfactoria se ha recurrido fundamentalmente al diseño experimental de laboratorio.

La evidencia empírica obtenida apoya el argumento de que existe una relación positiva entre exposición televisiva de contenidos agresivos y conductas atines en el niño (Gebner y Gross, 1977).

Entre las principales conclusiones se ha establecido que la televisión estimula la agresividad mediante modelos de comportamiento agresivo que el espectador puede imitar (Bandura, 1973). La observación de agresividad en la televisión, facilita su emergencia al romper inhibiciones contra su manifestación. El comportamiento agresivo puede presentarse debido al cambio en las actitudes originales del espectador sobre la violencia al ver justificados los métodos agresivos para alcanzar ciertos objetivos.

El comportamiento inmediatamente posterior del pequeño espectador a la exposición de escenas de agresividad lo excita psicológicamente haciendo más probable que actúe agresivamente, o puede desensibilizarlo frente a conductas o situaciones de agresión.

Los sujetos que ya son agresivos encuentran una justificación de su comportamiento mediante la observación de modelos o situaciones agresivas expuestas en la pantalla.

Los estudios realizados por el psicólogo norteamericano Albert Bandura y sus seguidores demuestran que el niño tiende a imitar en sus juegos y relaciones sociales las escenas de agresión que previamente ha observado por televisión.

Estos estudios encuentran que el éxito observado en la conducta modelo se convierte en un factor crucial en lo que se refiere a la determinación de conductas agresivas.

El hecho de que la maldad exitosa pueda pesar más que el sistema de valores del espectador tiene implicaciones importantes en el de la estimulación televisiva en las actitudes de los niños y su conducta social

En los experimentos Se manipula únicamente una forma de agresión que es recompensada o castigada, pero en la mayoría de los programas televisivos "el tipo malo" obtiene control sobre fuentes importantes y acumula considerables recompensas sociales y materiales gracias a una serie de maniobras agresivas, y su castigo generalmente se aplaza justo un poco antes del último comercial.

Así los niños tienen oportunidad de observar muchas escenas en las cuales la conducta agresiva antisocial se recompensa de manera abundante y, si considerarnos que la recompensa inmediata tiene más influencia en el control de la conducta que la presencia del castigo (Skinner, 87), el castigo termina; para el villano tiene un efecto inhibitorio relativamente endeble en el pequeño espectador.

La idea de que al final de cuentas el mensaje es claro en cuanto a que "el crimen no paga" resulta una muy pobre justificación de este tipo de programas, cuando el pequeño telespectador ha estado previamente expuesto durante la mayor parte del programa al sinnúmero de gratificaciones inmediatas que aquel enemigo público número uno obtenía por sus perversidades sin fin. Además, buena parte de estos programas evidencian a nuestros pequeños perceptores que la caída última del malvado obedece a un error corregible cuyo riesgo bien puede correrse dado el sin fin de recompensas previas obtenidas. Y esto para no hacer mención a las acciones de los héroes que en cuanto a agresividad distan muy poco de sus

pérfidos antagonistas, siendo su proceder legitimado e incluso deseado. Algo así como Fujimori con la captura de Guzmán o Bush con el ataque al "carnicero de Bagdad".

A partir de nuestros propios estudios (Lobo, Padilla y Robert, 1990) nos inclinamos a concederle un mayor peso a este último aspecto poco relevado por la investigación experimental, al constatar que efectivamente los menores tienden a identificarse con los héroes de los programas y a rechazar masivamente a los villanos. Aún más, el enorme peso que tienen en las preferencias infantiles los personajes del tipo Bugs Bunny y Correcaminos, en cuyas acciones resulta indistinguible el héroe del villano, nos llevan a la conclusión de que la promoción de la agresividad hoy, no se realiza tanto a través de, la estructura actancial del villano como del héroe, y que es en el análisis de este último donde podemos encontrar las llaves de la emisión de los modelos agresivos,

Estos datos pueden resultarnos preocupantes si tomamos en cuenta que la programación televisiva nacional con contenidos de agresión oscila entre un 58% y un 70% y que los dibujos animados constituyen el segundo lugar en cuanto a tipos de programas con contenidos de agresión -las series, y dentro de éstas las policíacas son las primeras-, estando en su mayoría contruidos sobre un esquema maníqueo persecutorio y fantástico.

En esta línea, en un reciente estudio hecho sobre los cinco programas televisivos infantiles con mayor "rating" en 1991, (Wiquez, 91), se encontró que en éstos se exponía un delito aproximadamente cada dos minutos para un total de 36 delitos por hora. Dentro de los delitos más difundidos estaban la difamación, las lesiones leves, las amenazas, los daños a la propiedad y las lesiones graves.

Se encontraron también actos de discriminación de género en los que se resaltaba la discriminación en los roles sexuales y laborales y la inferioridad Fisiológica e intelectual femenina.

En menor medida se encontraron actos de discriminación étnica en los que sobresalía, la omisión, y las discriminaciones laborales, de vocabulario y de nacionalidad.

En todos los casos reseñados, las evidencias de agresividad fueron mayores en la programación infantil que en la de adultos.

Pero aún más efectivo que observar una conducta agresiva lo es la recompensa obtenida por imitar el modelo, independientemente de que éste sea gratificado o castigado.

El que se mantenga o no una conducta irritada dependerá de la situación social que a continuación se desarrolle. Las posibilidades de que la imitación se produzca, sus características y el destino de las respuestas imitativas dependen de complejas circunstancias sociales antecedentes y consecuentes.

La conducta imitativa supone la presencia de procesos de atención dentro de los que se incluyen los estímulos de; modelo, la discriminabilidad, la valencia afectiva, la complejidad, el valor funcional, las características del observador, las capacidades sensoriales, el nivel de excitación, la disposición perceptiva y el reforzamiento pasado; supone igualmente procesos de retención que incluyen la codificación simbólica y la organización cognoscitiva; también comprende procesos de reproducción motora, entre los que se incluyen las capacidades físicas, la disponibilidad de las respuestas componentes, la auto-observación de las repeticiones y la retroalimentación de la precisión: finalmente, incluye los procesos motivacionales como el

reforzamiento externo, el reforzamiento vicario y el autorreforzamiento.

Las conductas de imitación se provocan con más facilidad en los niños dependientes que en los que no lo son, igualmente los que han sido reforzados negativamente en su conducta independiente son más proclives a la imitación y a sufrir las influencias de los refuerzos sociales. La privación de gratificaciones incrementa también las conductas imitativas. Intervienen además la excitación emocional que provoca la situación de imitación y los factores motivacionales así como la anticipación del refuerzo positivo o negativo previsible en la imitación del modelo. Incluso se encuentran diferencias sensibles en las respuestas imitativas según sexo, status y edad de los modelos.

En nuestros estudios (Lobo, Padilla y Robert, 1990) existe un marcado contraste en la receptividad a los programas y modelos agresivos en los menores según su sexo y procedencia rural o urbana. Los varones e infantes de zona urbana muestran una mayor inclinación hacia las fantasías de omnipotencia y en consecuencia hacia los programas de aventuras y superhéroes con contenidos violentos que exaltan tales opciones, mientras que las niñas e infantes de zonas rurales manifiestan una mayor inclinación por lo concreto y cotidiano, prefiriendo las travesuras y lo anecdótico así como programas con menor contenido violento.

La mera exposición de modelos, por ende, por muy prominente que sea, no basta para originar automáticamente una conducta similar.

U explicación de la conducta agresiva es multicausal y Por tanto, difícilmente explicable sobre la base de la representación que de ella se haga en cine y televisión.

Resulta poco probable que el menor sea perjudicado por la televisión si mantiene unas relaciones sociales cálidas y seguras, y si no experimenta perturbaciones psicológicas de importancia. Cuando se ha tenido oportunidades de seguir aquellos casos en que la televisión parece en cierto modo relacionada con un comportamiento agresivo, u otros casos de aparente delictividad o radical Incompetencia social, se ha encontrado la existencia de algo que no marcha bien en las relaciones sociales del pequeño y que suele tener origen en su seno familiar.

En consecuencia, la tendencia a apoyar toda explicación de las conductas agresivas solo en las imágenes que brotan de la pantalla, contiene una simplificación inaceptable. Un niño o niña que mira televisión no es una persona aislada, sino inmersa en un grupo social amplio. Sus experiencias pasadas, sus relaciones presentes o sus expectativas futuras, tienen frente al aparato el mismo valor que poseen frente a otros eventos sociales, con toda la complejidad resultante de la forma en que mutuamente se determinan.

En nuestro país se experimenta en la conciencia pública un aumento de la agresividad en la vida cotidiana infantil. Las razones de ello son un complejo estructurado que va desde una mayor transparencia pública de eventos antaño incommunicables hasta el resultado del creciente deterioro de las condiciones relativas de vida de las mayorías costarricenses, pasando por el amarillismo autoritario que caracteriza a nuestra prensa y la saturación que de la percepción infantil realiza la televisión con este tipo de contenidos.

Desgraciadamente los estudios experimentales han descuidado los condicionamientos biográficos y situacionales que median los procesos de aprendizaje.

En conclusión, aquí hay que tomar en consideración que si bien es claro que, sobre todo

el infante, no es indiferente a los contenidos televisivos, las probabilidades de imitación, sus características y el destino de las respuestas imitativas, dependerá de la biografía de los implicados y de complejas circunstancias sociales antecedentes y consecuentes de expresión y consumo.

Tal es el contexto en el que deben ubicarse el investigador y el reformador sociales a riesgo de no caer en la caza de brujas o búsqueda de la víctima propiciatoria que solo los concilia con la ideología de recambio del momento.

LA TELEVISION, LA VIOLENCIA SIMBOLICA Y LA FORMACION DE LA IDENTIDAD PERSONAL INFANTIL

A mi parecer, no es este tema de la agresión lo que debe constituir la preocupación central de padres de familia, investigadores, pedagogos, y demás reformadores y forjadores de la opinión pública, sino la preocupación más general acerca del papel de la televisión en la transculturación o violencia simbólica y sus aplicaciones en la formación de la identidad personal y social de nuestros niños.

La persona no nace, se hace; sus modos de actuar, pensar y sentir son el resultado de sus particulares experiencias de vida. Todo aquello que resulte significativo en ellas redundará en la formación y dinámica de su identidad personal y social.

Si es evidente que cambios significativos en el espacio y relaciones cotidianas de la persona van unidos a transformaciones probadas en la dinámica de su carácter, también es evidente que las experiencias sociales de los primeros años resultan fundamentales en la formación de una identidad básica o estilo personal que ha de orientar a la persona en sus posteriores experiencias.

En este proceso los encargados o responsables de crianza del menor, sus padres o sustitutos, conforman para él o ella los otros significativos a partir de y frente a cuyas actitudes, normas y valores se va construyendo su identidad.

Las vivencias del niño y la niña quedan así matizadas por el particular modo en que sus otros significativos organizan su espacio comportamental y demás experiencias de vida.

Es en este espacio comportamental, que configuran los otros significativos de los pequeños, donde irrumpe la televisión, no como un objeto más, sino como un objeto simbólico y medio de persuasión que crecientemente organiza la cotidianidad familiar y en particular el mundo de significaciones del niño y la niña.

El ritual televisivo llega a constituirse en una experiencia intersubjetiva que, con otras dentro y fuera del hogar, incide en la forma y el contenido de todas las experiencias individuales y colectivas y en general en la estructuración a mediano y a largo plazo de la cotidianidad del niño y la niña, de su identidad, representaciones y prácticas sociales.

Su capacidad y modalidad de influjo está en función del lugar y características que este ritual televisivo tienen en el escenario vital y cotidiano del niño y la niña, especialmente en su hogar, centro preescolar o escolar y grupos de iguales.

Los estudios encuentran que el menor pasa un promedio de cinco horas diarias frente al

televisor. En nuestro país esos datos oscilan entre las tres y las cinco horas diarias. Puede afirmarse que pasa más horas por semana frente al televisor que en el aula de su clase. Aún más, si contamos el tiempo efectivo que en el hogar comparte con sus seres queridos, llegamos a la conclusión de que es más el tiempo que pasa con el televisor y, sobre todo, es mayor la cantidad de mensajes que recibe por medio de éste que en su hogar y aula.

En su gusto hay un predominio de los programas de entretenimiento, y dentro de éstos, de los de enfrentamiento entre el bien y el mal y de las travesuras, los dibujos animados y el tratamiento violento.

De este tipo de programas los niños no solo retienen personajes, objetos, lugares y situaciones, los comentan y los reproducen en sus juegos de manera más o menos inmediata, sino que también son capaces de determinar los ejes temáticos de los mismos y algunos de sus valores sociales más significativos, incorporando a su identidad personal, social y sexual ciertos modelos altamente difundidos.

Es evidente que existe un marcado contraste en las preferencias, imitaciones, identificaciones y asimilaciones en general que de los programas televisivos realizan los menores según su sexo, estructura y dinámica familiar, condiciones socioecológicas y extracción socioeconómica.

Son las diferencias por sexo las que parecen ser más importantes en las actitudes televisivas del menor, y por otros estudios hechos, también en los adolescentes: una mayor inclinación hacia las fantasías de omnipotencia en los niños -y en consecuencia hacia los programas de aventuras y superhéroes que exaltan tales opciones-, mientras que en las niñas hay una mayor inclinación por lo concreto y cotidiano, prefiriendo las travesuras y lo anecdótico. Asimismo, una menor inclinación por los programas de contenido violento en las niñas con respecto a los niños.

A diferencia del resto, los menores de extracción rural tienden a acercarse al patrón de las niñas, notándose en ellos una clara inclinación hacia los programas que muestran algún grado de referencia al campo, en franca contraposición con los menores de los sectores urbanos más socioeconómicamente privilegiados que prefieren lo tecnológico y la referencia al poder.

Se encuentra también una correspondencia entre la frecuencia televisiva y la disposición que tienen el niño y la niña de espacios y medios de juego, así como el vivir en hacinamiento o no y en zonas socialmente peligrosas.

Los distintos géneros televisivos parecen desempeñar además una diversa función psicosocial en las prácticas cotidianas infantiles: de canalización de los impulsos de omnipotencia y confirmación del mundo adulto en las series de enfrentamiento bien-mal y superhéroes, y de canalización a la transgresión y ruptura con el mundo adulto en las series de travesuras.

No obstante las diferencias anotadas, la mayoría de estos programas se estructuran preferentemente con base en un eje esquemático y maniqueo de enfrentamiento bien-mal en el que se mezclan lo ético con lo estético, oponiendo lo bello a lo monstruoso, lo bueno a lo malo, lo familiar a lo extraño, lo valeroso a lo cobarde, lo modernista-futurista-anglosajón a lo primitivo-salvaje-no anglosajón, y hasta lo masculino a lo femenino.

Todas estas oposiciones sirven de vehículo a estereotipos socioculturales y actitudes que se difunden y resultan de consumo más o menos inmediato por la conciencia en formación

de los niños y las niñas, que se ven expuestos así, cotidianamente, a mensajes que refuerzan y promueven la representación ideológica y la omnipotencia fantástica de las propias relaciones con el mundo y con los demás, así como un estilo de vida prototípico del modo de ser ideal industrial norteamericano anglosajón de clase media.

Estos resultados confirman la idea de que la conciencia infantil nacional está expuesta diariamente a una atmósfera expresiva de violencia simbólica en la que se promueven la representación evasiva y fantástica, así como el extrañamiento con respecto a las propias raíces y el sometimiento cultural transnacional.

A este respecto son ilustrativos los estudios realizados en Suramérica, que han encontrado que los niños y las niñas identifican pobremente los personajes de su propia historia mitológica, pero describen con gran lujo de detalles los personajes animados de Walt Disney y sus estructuras actanciales. Asimismo, tanto en el sur como en nuestro país, sus representaciones sobre el mapamundi y la geografía política mundial revelan una impresión difusa y disminuida de la América mestiza y totalmente equívoca y masificada de los continentes asiático y africano, que contrasta con la riqueza en detalle y la desproporción relativa en el tamaño de los EUA.

En conclusión, si bien existen importantes diferencias en la función psicosocial de los programas televisivos infantiles -según que éstos sean de aventuras, de travesuras o de la cotidianeidad familiar- y su consumo varía según se trate de niños o niñas, habitantes de las zonas rurales o urbanas o pertenezcan a sectores privilegiados o discriminados, más allá de éstas y de las diferencias temáticas, las particularidades y estructura actancial de los personajes o de las vicisitudes espacio-temporales de los acontecimientos televisivos, se identifica en ellos la figura de un ethos que se metacomunica como ideal de yo y que resulta indiferente sino es que francamente hostil a cualquier pretensión por confirmar y promocionar valores y normas acordes con lo mejor de nuestras tradiciones y costumbres.

Práctica discursiva que potencia en la conciencia en formación de las identidades infantiles la ruptura con los arcaísmos de sus abuelos y las vivencias sociales de sus padres y favorece, por el contrario, una construcción social de la identidad a partir de mayor o menor ajuste de los esquemas cognoscitivos y valorativos con la perspectiva del ideal anglosajón norteamericano de clase media alta protestante: nórdico-caucásico, joven, masculino, atlético, individualista, competitivo, ingenioso y pragmático, identificado por sus rasgos psicológicos antes que sociológicos, habitante de la tierra de la abundancia y de la oportunidad de nunca jamás.

Es la planetarización de este modo de vida como el único posible -y la consiguiente destrucción de todo vestigio de diversidad cultural deseable-, que en nuestro caso nunca irá más allá en cuanto a su realización posible de la conformación de una identidad de ciudadanos de segunda clase-, lo que constituye el magno evento de violencia simbólica que hoy la televisión hegemoniza y lo que debe constituir nuestra principal preocupación como investigadores, educadores, dirigentes políticos, persuasores de la opinión pública y ciudadanos comprometidos en la dignificación y pacificación de la convivencia históricamente posibles desde nuestras latitudes afroindígenas.